

Introducción al estudio de la Plaza Mayor de Lima

Lorenzo Huertas V.
Museo Nacional de Arqueología
Antropología e Historia del Perú

*Introducción*¹

En el mes de julio de 1996 fui convocado por INVERMET para investigar la histórica Plaza Mayor de la ciudad de Lima y su contorno, se necesitaba con urgencia conocer las evidencias del pasado que estaban bajo las veredas que adornaban la plaza; y que pronto serían removidas. Después de dos meses de trabajo intensivo concluí con la indagación, que intitulé: *Investigación histórica de la Plaza Mayor de Lima*.

Una de las primeras conclusiones fue que la Plaza Mayor de la ciudad de Lima y su entorno se configuran como un espacio social de data milenaria y de coexistencia de edificaciones de diferentes períodos. En cuanto a la antigüedad, se sabe que hace más de mil doscientos años los “Ichmas” lograron edificar casas, abrir canales y roturar la tierra para cultivar frutos para su sustento.

La fundación de la Ciudad de los Reyes, en 1535, produjo el cambio radical tanto del sistema de asentamiento poblacional como del diseño urbano. Los españoles

1. Este trabajo es parte del informe «Investigación histórica de la Plaza Mayor», preparado para la remodelación de la Plaza Mayor de Lima por encargo de *PROLIMA* e *INVERMET*.

cambiaron el patrón de asentamiento prehispánico, que tenía una configuración *dispersa*, por uno *nucleado*. Y se impuso un centro poblado de categoría A, de planta simétrica cuadrangular y de casas contiguas, sobre un pueblo prehispánico de tipo C, de estructura “asimétrica” sin la complejidad y compactación de pueblos de gentiles de categoría B como Maranga, Ascona, Armatambo, o de rango A como Pachacámac.

Este espacio público, de uso múltiple durante la etapa virreinal, fue reducido tanto en función como en tamaño, de tal manera que su espacio actual (1996) constituye menos de la mitad de su dimensión inicial. El cambio se inició en la segunda mitad del siglo pasado, desde entonces innumerables veces ha sido intervenido para cambiar pisos, calzadas, ornamentación vegetal, postes, cables y tuberías, perturbando los niveles estratigráficos del subsuelo. Por esto en 1921 con motivo del primer Centenario de la Independencia, un cronista escribió un artículo en el número extraordinario de la revista *Mundial* del 28 de julio, que tituló: «Las mil y una transformaciones de la plaza de Armas».

Alrededor de la Plaza se ubicaron importantes edificaciones públicas y privadas, la más importante de ellas por su larga trayectoria histórica es la Catedral de Lima. Sus planos fueron elaborados en los años setenta del siglo XVI y su portada se concluyó ochenta años después. Este edificio fue destruido casi totalmente por los terremotos de 1687 y 1746 y en su reconstrucción se hizo importantes modificaciones. La edificación del Palacio Arzobispal apertura el uso del estilo neocolonial en la construcción, predominante en los otros edificios del contorno de la plaza. Este edificio fue reconstruido en la década del veinte de la presente centuria. Un relicto arquitectónico o edificio «testigo» es la «Casa del Oidor», cuyo origen data de los primeros años de la historia virreinal. La construcción del actual Palacio de Gobierno se inició durante el segundo gobierno de Augusto B. Leguía y se concluyó en 1938, siendo presidente del Perú el general Oscar R. Benavides. El Palacio Municipal fue inaugurado el 28 de julio de 1944 durante el gobierno municipal de Gallo Porras. Los sucesivos cambios y transformaciones motivaron muchas protestas en su momento y posteriores artículos, como el que tituló Juan José Vega: “¿Cuál Centro Histórico?”, publicado en el diario *La República* del 2 de julio de 1995.

Esta impresión de cambio de estructuras y visos de la plaza y su contorno no sólo corresponde a nuestro tiempo. En 1880, Charles Wiener (1880:14) expresaba su desencanto al no encontrar «la adorable ciudad colonial» que Leoncio Angrand había perennizado en sus magistrales dibujos en 1834. Los arquitectos de entonces no habían logrado resguardar el viejo viso patrimonial de la ciudad. Wiener decía: «Lima se europeíza», pero al hacerlo “copian a los prosaicos hoteles de nuestros

pequeños rentistas» ... añadiendo «lo nuevo se mezcla sin gracia con las construcciones de estilo hispano-morisco, que es el de la ciudad vieja” y concluía con admiración: “¡Qué sello de pintoresca originalidad daba ese arte a la ciudad de los Reyes, primer nombre de Lima!”

José de la Riva Agüero (1935: 227), señala a la *modernidad* que comentara Wiener, como la causa de los cambios que se produjeron en Lima desde mediados del siglo XIX hasta la guerra con Chile, que hizo perder a la capital del Perú: «casi toda su originalidad».

Otro factor condicionante de cambios ha sido la persistencia de movimientos sísmicos en la ciudad. Existe un informe que se elaboró a consecuencia del terremoto de 1746 donde, además, el autor anota: «Estas son ruinas generales que han dejado la ciudad deformada promoviéndose en cada uno -de los terremotos- un nuevo sistema de fábrica»².

Un terremoto tan destructivo como el de 1746, fue el que se había producido el 20 de octubre de 1687. En esa ocasión quedaron destruidos el Palacio de los Virreyes, el Cabildo y los portales. Igual suerte corrieron la Iglesia Catedral y el Palacio Arzobispal. La Pileta, que había sido inaugurada en 1651, quedó sin agua al romperse los ductos. En suma, hubo una gran alteración que destruyó el viso que se había comenzado a configurar en la década del setenta del siglo XVI, tiempo en que gobernó el virrey Francisco de Toledo.

Por todo esto, podemos decir que estamos frente a un *espacio social recurrentemente perturbado*, debido a causas naturales (como los terremotos producidos en 1586, 1687, 1699 y 1746) y sociales, que se enmarcan entre los años, 1535, 1850 - 1875 y 1920 - 1950. En 1996 la plaza fue remodelada en la forma que tiene en la actualidad.

Quiero expresar mi agradecimiento a la arquitecta Flor de María Valladolid, ex Directora Ejecutiva de PROLIMA y al Ingeniero Juan Carlos Chau Wong, ex gerente técnico de INVERMET por la invitación a participar en este trabajo. Al arquitecto Raúl Samalloa, por sus sugerencias y ayuda oportuna. Mi reconocimiento al señor L.E. Wuffarden, ex jefe del Archivo de la Municipalidad de Lima, a los amigos de la Biblioteca Municipal; de igual modo a los trabajadores de la Sección Histórica del Archivo General de la Nación y, por supuesto, a Merli Costa y al equipo de Historia del Museo Nacional de Arqueología, Antropología e Historia del Perú.

2. Cf. ANONIMO, 1748.

Fuentes históricas

El filón principal de información para el estudio de la Plaza de Armas y su contorno durante la etapa Virreinal y Republicana se encuentra en la Biblioteca y el Archivo de la Municipalidad. En los anaqueles de la biblioteca están los libros de Cabildo de los siglos XVI, XVII, XVIII, XIX y XX. Estos libros contienen los acuerdos que los cabildantes tomaban para «el buen gobierno y pulicia de la ciudad», en ellos abundan las referencias de ejecución de obras, como de demolición o reconstrucción cuando los edificios sufrían los embates de los terremotos. Este repositorio guarda el famoso *Boletín de la Municipalidad*, cuyo primer número se publicó en 1884 y, en 1935 llegaba al número 1332. En este boletín se publicaron todos los acuerdos de la Municipalidad de Lima, acuerdos de obras y ornato de la ciudad: en el N° 29, del 14 de febrero de 1885, se publicaron las bases propuestas por la Municipalidad para la primera pavimentación con adoquines de granito azul de los cuatro costados de la plaza de Armas; también están los acuerdos suscritos en 1886 para poner el alumbrado público por gas y por electricidad e igualmente, hay otros acuerdos referentes al agua y desagüe, tanto de la plaza como de la ciudad y propuestas de cambios de los jardines.

Otro tipo de fuente de suma importancia para el presente trabajo -existente en dicho archivo y que aún permanece inédita- son las reales cédulas, ordenanzas y disposiciones emitidas, tanto por la Corona, por el virrey como por el mismo Cabildo, estos documentos se encuentran contenidos en 30 libros o legajos.

También se ha revisado el Archivo General de la Nación, sobre todo los protocolos notariales, donde se encuentran asientos o contratos con los alarifes. Nuestro objetivo era encontrar referencias sobre las supuestas edificaciones ubicadas en lo que después sería la plaza y su contorno. En un mapa que se exhibía en el Museo Nacional de Arqueología, Antropología e Historia del Perú se intentaba reconstruir la ubicación de antiguas huacas en la actual Plaza de Armas, pero la búsqueda, hasta el momento ha sido infructuosa, puesto que no existe -hasta donde hemos investigado- documento alguno que haga referencia a esas evidencias.

En la Biblioteca Nacional revisamos la documentación manuscrita de la sección República, donde se encuentra documentación de 1857 y 1885 referente a contratos para pavimentar las calles de Lima, pero el mayor provecho lo hemos sacado de la mapoteca, gracias al estudio de los planos antiguos se ha podido analizar el cambio de los diseños de la Plaza Mayor.

Fuente también de primer orden son las crónicas y escritos de los primeros españoles que llegaron a tierra peruana; interesan la Carta de Hernando Pizarro dirigida en 1534 a los Oidores de la Audiencia de Santo Domingo; en este escrito se describe el paso de un grupo de españoles por Lima camino a Pachacámac. Francisco de Jerez nos da también una interesante relación de los principales curacas que en 1534 gobernaban los diferentes señoríos de Lima, grupo encabezado por Taurichumbi jefe político de Pachacámac. En esta relación no aparece Taulichusco. Miguel de Estete menciona el temblor que se produjo cuando avanzaba Hernando Pizarro camino a Pachacámac y según los indígenas el sismo fue causado por el enojo del gran camaquén Pachacámac, al ver intrusos dirigiéndose a su templo. Pedro Cieza de León dice entre muchas cosas que la fundación de Lima : «... se hizo la traza y se edificó la ciudad en un campo raso». Bernabé Cobo cronista de la primera mitad del siglo XVII, describe con precisión Lima y su plaza de 1630.

A este tipo de fuentes hay que agregar los relatos de los viajeros, como Amadeo Frezzer, que llegó al Perú en 1716, quien además de sus impresiones sobre el centro de Lima nos legó un mapa donde se pueden notar los caminos que salían de la ciudad. Jorge Juan y Antonio de Ulloa también registraron en sus cuadernos de notas referencias sobre la plaza limeña de la primera mitad del siglo XVIII. En el *Mercurio Peruano* de 1792 se publicó un artículo titulado: *La famosa fuente que se ve en esta plaza mayor de la ciudad de Lima*.

En el siglo XIX el viajero Amasa Delano hizo una detallada descripción de la plaza y su contorno. René P. Lessón encuentra un parecido entre la Plaza de Armas de Lima y la del Palais-Royal de París; Roberto Proctor reseña los bullicios de las campanas de Lima. William Bennet Stevenson considera a Lima como «la ciudad más rica de Sudamérica». Leoncio Angrand, que anduvo por Lima en los años treinta, nos dejó preciosos cuadros de la plaza mayor de Lima. George Squier, en la década del setenta, dice: «En el período de mi visita la plaza era un espacio abierto y polvoriento y sin pavimentar, la fuente estaba constantemente rodada de una multitud bulliciosa de aguadores con sus burros». Ernst Middendorf dice que la plaza: «fue pelada superficie de guijos y que recién a mediados del siglo XIX, se comenzó a adornarla».

En el siglo que fenece, han hecho importantes aportes para el conocimiento de la historia de Lima, su plaza y contorno Pablo Patrón, Luis Fowler, Domingo Angulo, José de la Riva Agüero, Pedro Villar Córdoba, Luis M. Stumer, María Rostworowski, Santiago Agurto, Tom Dillehay, Carlos Williams, Juan José Vega y Jorge Silva, entre otros estudiosos importantes.

El espacio social en el valle de Lima antes de la fundación de la Ciudad de los Reyes

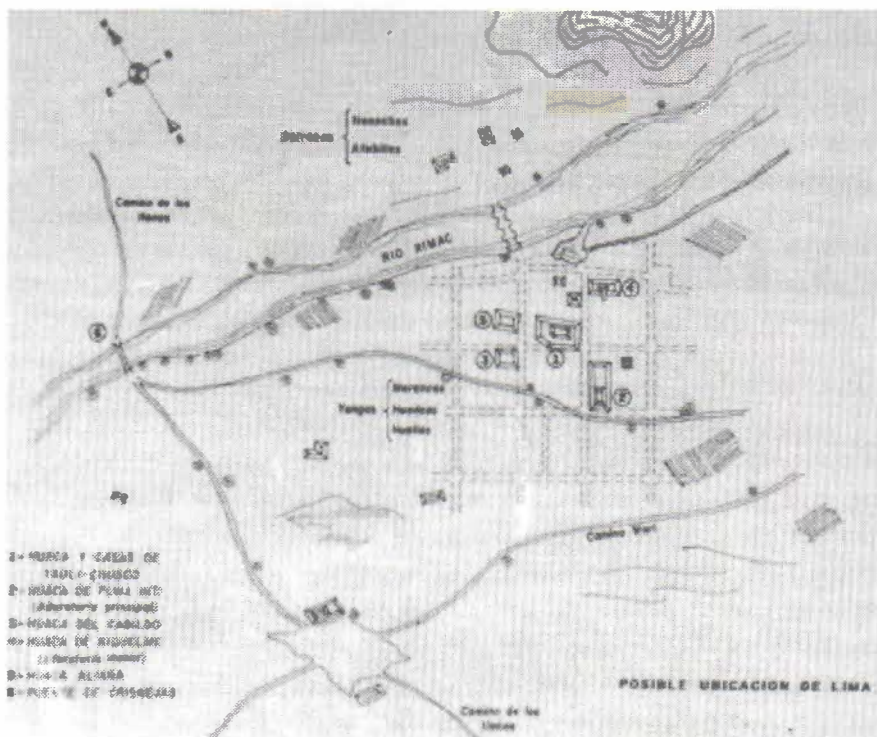
Existen varias versiones respecto a la condición del espacio social limeño, sobre el que el 18 de enero de 1535 se fundó la Ciudad de los Reyes. Algunas mencionan la existencia de un pueblo con edificaciones complejas; otras indican que la fundación se hizo sobre un pueblo sin mayor importancia y por último, otros señalan un espacio abierto sin edificación alguna. Siendo uno de los objetivos principales del presente trabajo dar a conocer el tipo de ocupación que hubo en el referido espacio antes de la fundación hispana, hemos creído conveniente clasificar esos testimonios o fuentes históricas del modo siguiente:

1. Testimonios que mencionan un espacio social complejo con centro poblado de tipo A y B³

Había en el Museo de Arqueología, Antropología e Historia de Pueblo Libre en Lima, en la sección virreinal, un mapa del espacio social de Lima antes de la fundación hispana. En ese mapa, en el área que corresponde a la plaza y su contorno se puede ver el llamado pueblo de Taulichusco, conformado por varias edificaciones civiles y religiosas, a manera de pirámides truncadas de gran extensión. Las denominaciones tentativas de esas edificaciones son las siguientes: 1) Huaca y Casas de Taulichusco, que ocupan buena parte de donde hoy se encuentra el Palacio de Gobierno; además tiene anexas dos estructuras de menor extensión en la parte norte de la referida manzana. 2) Huaca *Puma Inti*, adoratorio principal del pueblo que ocupaba una buena parte de la manzana donde hoy se ubica la iglesia catedral, junto a esa estructura existe otra de menor extensión en la parte noreste. 3) Huaca del Cabildo que de igual manera ocupa una buena parte de la manzana ubicada en la esquina noreste del «solar» donde hoy esta la Municipalidad. 4) Huaca Riquelme, ubicada entre los dos solares que Francisco Pizarro otorgó al contador Riquelme. 5) Huaca Aliaga, en la parte central de la manzana donde hoy se encuentra el Correo y la Casa Aliaga. También se ha dibujado en dicho mapa un Puente de criznejas. Y no falta el *Camino del Inca* o también llamado camino

3. Para una mejor comprensión del problema en este trabajo hemos dividido a los pueblos prehispánicos de Lima en cuatro categorías: A) como Pachacámac, Cajamarquilla; B) como Carabaillo, Maranga, Surco Viejo o Armatambo, Mateo Salado; C), es decir, Lima, Santa Catalina, Balconcillo, Pitipiti y, D) pequeñas aldeas productoras sin centros administrativos y religiosos, son las que el tiempo olvidó y sólo se registran antes del proceso de reducción o en algunos títulos de propiedad del siglo XVI.

de los llanos, que corría a lo largo de la costa y que en Lima como en otros valles sus bordes tenían tapias cuyas alturas eran de más de tres metros. De este camino sale un ramal que cruza la plaza en dirección sur. Asimismo, está representado un camino transversal en dirección este-oeste que comunicaba a los pueblos yungas con la sierra. Esta vía tiene el nombre de *Camino Huari*. Además, está representado un canal que corre como el camino, de este a oeste. Lamentablemente, no sabemos qué fuente ha utilizado el dibujante para la elaboración del mapa, que sin duda es la representación ideal de un espacio social con arquitectura.



Mapa hipotético de Lima antes de la fundación hispana. Tomado del Museo Nacional de Arqueología, Antropología e Historia del Perú.

Otro testimonio que menciona evidencias monumentales de la etapa prehispánica en el centro de Lima lo encontramos en el *Plan Maestro del Centro de Lima* publicado por la Municipalidad de Lima en 1987. En este escrito, al referirse a la primera etapa de la evolución urbana de la ciudad de Lima (1535-1684), se recalca:

«tres tipos disímiles frentes o núcleos de expansión y no sólo uno. El primero y más importante lo constituye la trama clásica de cuadrícula hipodámica ortogonal

a partir de la Plaza de Armas o Plaza Mayor; trama que sufrió tempranas deformaciones debido a la presencia de antiguos caminos incas y algunas huacas y preexistencias».

La tercera información contemporánea que menciona a la zona central de Lima como un espacio con evidencias materiales de factura compleja es la conocida obra del arquitecto Santiago Agurto *Lima Prehispánica*, publicada en 1984. En ese libro el autor, después de observar el calificativo de «lugarejo» que da el padre Cobo al paraje donde fue fundada la ciudad de los Reyes, en su mentada crónica, la *Fundación de Lima*, agrega:

«No vio el padre Cobo, o no quiso ver, el centro ceremonial que constituía el núcleo principal de la sede del curacazgo de Taulichusco y de cuyas huacas todavía quedan restos en los sótanos de la casa de gobierno y en los podios y basamentos sobre los que se erigieron el Palacio Arzobispal y la casa solariega de Gerónimo de Aliaga. Tampoco hace notar el cronista las obras hidráulicas que, situadas a pocos pasos de la actual plaza de armas, permitían irrigar todo el valle bajo, ni la red de anchos caminos que unían el curacazgo de Lima con su principal de Ichma y con los *unos*, cuyas cabezas estaban en Huadca, Caraguaylo y Armatambo, asientos de importantes poblaciones densamente habitados y profusamente construidos»

Otra mención a las huacas en el centro de la ciudad la enfatiza Eduardo Martín Pastor, en su libro *De la vieja casa de Pizarro al nuevo Palacio de Gobierno*, escrito casualmente con ocasión de la inauguración del nuevo Palacio de Gobierno, en 1938. Cuando trata de la fundación de Lima, dice que se hizo en el pueblo de Taulichusco, donde «tiene asiento su curacazgo, aldea de adobón y tapiería en la que yérguense las huacas, aquí y allá, desparramadas entre el verdor de los maizales y pacayares». Cuando trata de la distribución de los solares, menciona una gran huaca en la manzana que escogió Pizarro para la edificación de «las casas reales» señalando que el emplazamiento de la huaca o adoratorio del ídolo del valle, estaba: «en el mismo sitio y lugar que hoy ocupa la plaza y las casas reales».

Otra referencia sobre Lima prehispánica se encuentra en el acta de fundación de la ciudad donde se da testimonio que se funda la ciudad de los Reyes en el asiento del cacique de Lima:

«En el dicho pueblo de Lima, lunes 18 de enero de 1535, el dicho señor gobernador en presencia de mi el escribano y testigos ... Acordó y determinó fenecer, e hacer y fundar el dicho pueblo, el cual mandaba e mandó que se llame desde agora para siempre jamás, la Ciudad de los Reyes ...»

2. Centros poblados de tipo C y D

El cronista Joan Santa Cruz Pachacuti señala que los Limacyungas o pobladores del valle de Lima estaban repartidos en «tantos pueblezuelos cada uno con sus guacas». El cronista Bernabé Cobo, en su ya citado libro, señala al pueblo indígena de Lima como un «lugarejo de indios».

El padre Domingo Angulo en su artículo “*La Metropolitana de la ciudad de los Reyes, 1535-1925*”, señala que la ciudad de los Reyes se fundó «en el valle y asiento que señorcaba el cacique de Límac», entendemos el término asiento como pueblo, en este caso sin mayor importancia. Tom Dillehay (1987) afirma que con la presencia Inca desaparecen en Lima los niveles de mando superior que configuraban la estructura política de los señoríos, quedando sólo jefes locales o curacas bajo el mandato de jefes políticos impuestos por los Incas. Estos curacas locales se dividían en dos categorías: a) Curacazgos hegemónicos, como el de Lima y Colli, y b) Curacazgos dependientes, como el de Quive. Además habían pequeñas aldeas sin mando curacal, sin parentelas dinásticas. Eran los espacios sociales donde vivían indios tributarios.

Carlos Williams, que con motivo de los 450 años de fundación de Lima publicó en 1986 *Lima antes que Pizarro*, repasa en el informe de Juan Tello, Ruiz Díaz y Alonso Martín de Don Benito, comisionados por Pizarro para la búsqueda del asiento para la fundación de la ciudad; también en el testimonio de los soldados que recorrieron el valle, quienes no «dieron cuenta de poblaciones de tamaño mayor»; sin embargo hace referencia a la huaca que se encontraba en lo que después fue el ala derecha del Palacio y la Casa Aliaga.

Juan José Vega en su artículo titulado “*Los secretos de la fundación de Lima*”, publicado en el diario *La República*, el 15 de enero de 1994 afirma:

«La verdad es que Lima no era un centro urbano de bastante consideración antes de la irrupción hispánica ... La pequeña ciudad y todo el señorío caciquil de esa Lima prepizarrista sumaban tres mil tributarios, lo cual puede bien dar un promedio de veinte mil pobladores, dispersos en aldeas»

3. Espacio social sin evidencias de centros poblados

Algunos cronistas del siglo XVI y estudiosos contemporáneos al referirse a la fundación de la Ciudad de los Reyes no hacen alusión a pueblo o lugar con viso de pueblo en el espacio que Pizarro escogió para fundar la ciudad. Entre los primeros

tenemos a Pedro Cieza de León, quien al referirse a la fundación de Lima dice: «Y así se hizo la traça y se edificó la ciudad en un campo raso deste valle».

Pablo Patrón en su obra titulada *Lima Antigua* acerca del espacio fundacional señala:

«En el más central y extenso valle de la costa del Perú, bajo un cielo apacible y sereno, en las riberas del Rímac, a dos leguas del mar y *cerca de un pueblo de indios*, Francisco Pizarro, el ínclito conquistador del Imperio de los Incas fundó con doce de sus esforzados compañeros, el 18 de enero de 1535, en nombre de la Santísima Trinidad, la población que no había podido establecer ni en San Gallán ni en Jauja, denominándola «Ciudad de los Reyes», nombre que si bien fue dado por más motivos religiosos fue en homenaje a los soberanos de Castilla».

Juan Bromley, en su libro *Evolución Urbana*, publicado en 1945, no menciona pueblo sino áreas de cultivo como el sitio donde Pizarro fundó la ciudad: “La ciudad que delineó Pizarro *sobre campos de cultivo de los indígenas en el valle del Rímac...*”.

De igual modo, María Rostworowski en su libro *Señoríos indígenas de Lima y Canta* indica que Francisco Pizarro decidió fundar la ciudad de los Reyes, «en tierras del curaca de Lima», sin mencionar huacas ni pueblo alguno.

Ahora bien, ¿A qué se debe esa disparidad en la información?, y por otro lado, ¿cuál de esas posiciones es la correcta? ¿Qué evidencias prehispánicas y virreinales existen en el subsuelo que justifiquen una excavación arqueológica en la plaza mayor de Lima?

El arqueólogo Miguel Pazos encargado de la investigación arqueológica excavó en varios sitios de la plaza en busca de evidencias prehispánicas y coloniales. Respecto a las primeras hizo pozos y trincheras frente a la Catedral, donde según referencias existía o lindaba el gran templo Puma Inti, sólo encontró cascajo y tierra virgen. También excavó en varios puntos de la línea diagonal entre la Casa del Oidor y la Pila y sólo encontró la antigua cañería que desde 1571 había conducido el agua a la pila central de la plaza. Frente al palacio de gobierno tampoco encontró estructura alguna. Algo parecido sucedió en el análisis de la archivalía, sobre todo con la que trata de la construcción de la Catedral; se menciona el costo para hacer el “hueco”, para cimentar dicha iglesia, jamás se dice nada de desmontar huaca alguna.

La Plaza Mayor de la ciudad de Lima

Cuando Pizarro fundó Lima el 18 de enero de 1535, habían transcurrido 43 años desde que Cristóbal Colón pisara el suelo americano; durante este lapso, los españoles fundaron más de cien centros poblados. Es por esta razón que los estudios sobre el urbanismo hispanoamericano consideran que con la conquista del Perú y la fundación de ciudades y villas en el espacio andino se inicia el segundo período de la acción urbanística hispana en América. Esa prolongada experiencia, así como la disponibilidad de reales cédulas emitidas en 1519, 1523, 1528, 1530 etc. fueron factores que posibilitaron la fundación plena y segura de ciudades, villas y pueblos en el Perú. Una de las más importantes de estas normas, que sirvió de base para la fundación de muchas ciudades entre 1523 y 1573, fue la que emitió Carlos V en 1523, donde se dice que después de escoger un terreno sano, con tierras, leña y agua y sin perjuicio de los nativos:

«hagan la planta del Lugar, repartarlo por sus plazas, calles y solares a cordel y regla, comenzando desde la plaza mayor, y sacando desde ella las calles a las puertas y caminos principales, y dexando tanto compás abierto, que aunque la población vaya en gran crecimiento, se pueda siempre proseguir y dilatar en la misma forma. Procuren tener el agua cerca, y que se pueda conducir al Pueblo y heredades, derribándola, si fuera posible, para mejor aprovecharse de ella, y los materiales necesarios para edificios, tierras de labor, cultura y pasto, con que escocieran el mucho trabajo y costas, que se siguen de la distancia...»⁴

Aunque no creemos que el «libre consentimiento» de los naturales que exigía la norma fundacional de 1523, se cumpliera en la fundación de la Ciudad de los Reyes⁵; las otras condiciones que mandaba dicha ley, sí se acataron a cabalidad: agua, buen temple, tierras de labor y de pastos, los había de sobra. Estamos hablando del valle más rico de la costa peruana. Francisco Pizarro cumplió de igual modo y al pie de la letra con el diseño de traza ortogonal que mandaba la real cédula. Este diseño proveniente de la etapa clásica, fue revitalizado en esta parte del mundo, por la corriente renacentista que por entonces conmovía los gustos de artistas, gobernantes, arquitectos y alarifes.

4. Confrontase, *Recopilación de Leyes de Indias*, 3ª edición, Madrid, 1774, f. 90v.

5. El «libre consentimiento» debe entenderse como la actitud de asentimiento de los indígenas, después del *Requerimiento* o acto coercitivo que consistía en el acatamiento al Rey, al Papa y a sus representantes. Tanto los *Rimacrunacuna*, o primeros limeños, como los otros pueblos tuvieron que aceptar los pedidos de Pizarro después de los contundentes actos bélicos de Cajamarca y otros lugares.

La materialización de ese modelo provocó a la vez el primer mestizaje arquitectónico; pues, si bien la planta era puramente renacentista, las casas que se levantaron sobre esta sobria y rígida ortogonalidad -a veces chocante al español que estaba compenetrado a plantas asimétricas provenientes de la Edad Media, construidas con materiales nativos, estaban llenas de reminiscencias góticas y mudéjares que rompían la rigidez de plazas y calles. Esta conjunción de estilos arquitectónicos, produjo a la vez una «coexistencia de asincronismos», pues la planta exhumó y revitalizó el viejo esquema clásico, junto o en convivencia con formas arquitectónicas de la Edad Media, y otras herencias milenarias andinas, como el adobón, la tapia, la quincha y el bahareque. Hay que señalar que durante la primera generación de centros poblados en el Perú (1532 - 1540), fue Francisco Pizarro quien tuvo ingerencia directa o indirecta en la fundación, pues fundó San Miguel en Tangará (1532), hizo una tercera refundación del Cuzco (1534)⁶, y el 18 de enero de 1535 en nombre de Dios y del Rey fundó la ciudad de los Reyes; dos meses después hizo lo mismo en Trujillo. Entre los años 1539 y 1540 ordenó la fundación de Huamanga y Arequipa, para lo cual envió los planos correspondientes. Esta política de Pizarro, implicó la reproducción del modelo en otras ciudades matrices del Perú, como Chachapoyas, León de Huánuco, Moyobamba y Jaén de Bracamoros.

Si bien la traza de la ciudad ejecutada a cordel y regla determinó la forma cuadrangular de la plaza, la extensión de ésta estuvo en relación con el interés del capitán fundador y de los primeros vecinos: una cuadra grande implicaba un solar grande, requisito para construir una casa con *viso de fijaldía*, y como los españoles de estos años buscaban por todos los medios ennoblecer sus apellidos, en Lima como en las otras ciudades de la primera generación, las plazas públicas son de gran dimensión, lo mismo que sus casonas señoriales.

En 1573, Felipe II dio un conjunto de normas de población; la ley se refiere al *sitio, tamaño y disposición de las plazas*, donde ordena que la: «... grandeza -de la plaza- sea proporcionada al número de vecinos»; y la forma tenía que ser en: «quadro prolongada que por lo menos tenga de largo una vez y media de su ancho». En el año

6. La primera fundación según la versión recogida por cronistas la efectuó Manco Cápac; Pachacútec transformó su planta y sus edificaciones y la convirtió en capital del imperio del Tawantinsuyo y Francisco Pizarro la acondicionó al mover sus muros en busca de ortogonalidad para gobierno y vecindad de españoles. Por eso el mestizaje del Cuzco proviene de varios componentes: el greco-romano, el árabe, el gótico y el andino expresado en su impresionante arquitectura lítica.

que se dio esta ley, la ciudad de los Reyes así como las otras ciudades de la primera generación ya habían plantificado a plenitud sus núcleos residenciales, y permanecieron con sus plazas y manzanas cuadrulares.

Dimensión de la cuadrícula

En cuanto al tamaño de la plaza pública de la Ciudad de los Reyes, hay discordancias: José Barbagelata (1945: 51), siguiendo la referencia de Bernabé Cobo, dice que en la traza inicial se demarcaron 117 manzanas cuadradas, cada una dividida en cuatro solares. La cuadra tenía 450 pies de lado, y las calles 40 pies de ancho. Eso equivalía a 125,37 metros de lado, y 11,14 metros de ancho en las calles. Cada solar tenía 62,685 m. de lado. Esto es 15,717 m² para la cuadra y 3,929 m² para cada solar, lo que significa una plaza muy grande, y un gran solar.

El gran cambio, tanto de la plaza como de los edificios del contorno, se produjo entre 1920 a 1945. Los motivos fueron varios: el Centenario de la Independencia; el Cuatricentenario de la Fundación de Lima; la reconstrucción del Palacio Arzobispal que se hizo en la década del veinte; luego en 1938, el Palacio de Gobierno, y en 1944 la del Palacio Municipal. El alcalde de Lima señor Eduardo Dibós Dammert en la *Memoria* correspondiente a su gestión del año 1938 dijo: «Que la construcción del Palacio de Gobierno obligaba a la modernización de la Plaza de Armas», indicando que se había duplicado el ancho de la calzada con el objeto de «otorgar mayor facilidades al tráfico y al estacionamiento de vehículos». Hay que recordar que por ese entonces circulaban por ese lugar, el tranvía, las «góndolas» y los automóviles. La idea de la reducción la hizo el director de Obras Públicas, arquitecto Ricardo de Jaxa Malachowski. En el *Inventario del Patrimonio Monumental Inmueble-Lima, Valles Chillón, Rímac y Lurín*, elaborado por la Facultad de Arquitectura, Urbanismo y Arte de la Universidad Nacional de Ingeniería y Centro de Investigación del Patrimonio Monumental en 1988, se señala como área total del terreno 18 900,00 m², de los cuales 5 175 m² considera como área intervenida.

La modernización a que alude el Alcalde Dibós, implicaba también la reconstrucción del Municipio y los portales de Escribanos y de Botoneros.

Mediante la ley N° 8854 se ordenaba «la transformación y embellecimiento de la Plaza de Armas», y «encargaba al Ministerio de Fomento formular los planos de conjunto para la construcción de fachadas fronterizas en los portales y en las esquinas de las manzanas adyacentes. El criterio aplicado debía ser técnico y artístico». Con el

fin de apurar dichos trabajos se nombró una comisión integrada por los ingenieros Luis F. Díaz, Director General de Fomento, Alberto Jochamowitz, Rafael Marquina y Carlos Montero Bernales, quienes debían convocar a un concurso, y así se procedió, siendo los ganadores los arquitectos Emilio Hart-Térré y José Álvarez Calderón. En el *Inventario del Patrimonio Monumental Inmueble de Lima*, se define a ese antiguo espacio social del siguiente modo:

«ambiente urbano de mayor jerarquía en la ciudad, ya que en él se encuentran los edificios más representativos del país: la catedral, el Palacio de Gobierno y el Palacio Municipal. Aún conserva la traza original, forma cuadrangular delimitada por edificaciones homogéneas, en su mayoría neoclásicas. Con el tiempo ha perdido su carácter de gran patio cívico y especialmente ha sido modificado con el desplazamiento del Palacio Arzobispal y los dos portales, e incluyendo nuevos espacios: el patio de honor del Palacio de Gobierno, el pasaje Santa Rosa y la Plazuela Pizarro.»

Así como hemos visto problemas en la medición, también los hay en cuanto indican que la plaza ya no era un cuadrado sino un octágono irregular y por lo tanto había perdido su traza original, lo mismo sucedía con los edificios del contorno. En el plano mandado hacer en 1970 por el alcalde Eduardo Dibós Ch., la plaza aparece con las siguientes dimensiones: 1er. ochave esquina noroeste, 19,95 m.; lado norte frente al Palacio de Gobierno, 44,55 m.; 2do. ochave, esquina noreste, 19,00 m.; lado este frente a la catedral, 47,00 m.; 3er. ochave esquina sureste, 19,90 m.; lado sur frente al pasaje Olaya, 45,90 m.; 4to. ochave esquina suroeste, 21,80 m.; lado oeste frente al Municipio, 46,15 m.

Como se puede ver, la reducción fue drástica, los lados son desiguales; presentándose disimilitud frente a la extensión de las calles y de los edificios fronteros. Situación que le daba una apariencia de plazuela, con pila pero sin la Fama o Tuturutu⁷. Hoy (1996) la plaza tiene ocho «capas» de áreas verdes, 16 ficus *Panderacus*, dos en cada área verde, ocho postes ornamentales uno junto a cada área verde y ocho en la parte de la pista, dos por el lado de la plaza; 32 bancas de mármol de Carrara de 1,50 m. de largo por 0,45 m. de ancho y 0,12 m. de espesor y con dos bases de mármol. En la parte central, al oeste de la pila, tiene cubículos subterráneos (electro bomba,

7. Tuturutu, nombre que el pueblo da a la estatua de la Fama, que antes coronaba la hermosa pila central. La Fama, hija de Zeus, es representada por una mujer con una corneta y un pergamino, es la que anuncia las noticias, los rumores y los chismes.

cisterna, cajas de registro) y varias «cangrejeras» o botijas con bocas dispuestas de tal manera que impulsaban el agua hacia la pila central⁸. Al centro de la plaza la famosa pila con sus ocho leones copulando con igual número de grifos. Esta Pila llena de historia y anécdotas sigue cargando con armonía los 345 años de antigüedad.

Nombre y funciones

Los cambios no sólo se produjeron en cuanto a las dimensiones, piso y ornamentación, también varió el nombre y la función. En la Real Cédula de 1523, se denomina Plaza Mayor a las plazas principales de los centros poblados, sin embargo, la plaza de la Ciudad de los Reyes, en sus inicios fue conocida con el nombre de «Plaza Pública»; en ningún documento oficial del siglo XVI, se le menciona como «Plaza Mayor» ni tampoco como «Plaza de Armas». A fines del siglo XVIII en algunas disposiciones edilicias se le denomina «Plaza mayor de la ciudad». A inicios de la República se le dio el nombre de «Plaza de la Independencia» y después, en la segunda mitad del siglo XIX, se le llamó indistintamente Plaza Pública, Principal, Mayor o de Armas.

Las funciones que cumplía este espacio social poco a poco se fueron reduciendo: a fines del siglo XVIII, dejaron de celebrarse las coloridas y dramáticas corridas de toros que llenaban de gala a la plaza y, con la Independencia desaparecieron las celebraciones y jubileos en honor a la asunción de un nuevo rey o a la llegada de un virrey o arzobispo, lo mismo que las concentraciones para mostrar la condolencia cuando moría algún miembro de la realeza hispana.

El mercado de abastos estuvo ubicado frente a la catedral por más de tres siglos. Sin duda, esos años de trajín comercial en el triánguez mayor de Lima, dejaron huella de esa bulliciosa actividad en el subsuelo de la plaza.

Las fiestas religiosas que convocaba a la feligresía a la plaza pública fueron disminuyendo ostensiblemente. La Plaza se llenó de penas y de silencios y dejó de ser el «lugar ancho y espacioso dentro de un poblado donde se venden mantenimientos y

8. El origen de estas «cangrejeras», podemos encontrarlo en la implantación del sistema de alumbrado a gas en 1851 y electricidad en 1886; en la construcción de pilones en las esquinas de la plaza, en la implantación de cañerías de fierro (1857). Y, de igual manera, en las diversas pavimentaciones efectuadas en la plaza desde 1863.

se tiene el trato común de los vecinos y comarcanos y donde se celebraban ferias, mercados y fiestas públicas».

Otras informaciones

La plaza en sus inicios estaba cruzada por una acequia. La primera mención que se hace de ella fue en la sesión del 26 de mayo de 1536, en esa reunión, los cabildantes pidieron que: «la acequia que atraviesa por la plaza desta ciudad viene en perjuicio a causa que algunas veces sale de madre e se derrama por la plaza e aun algunas veces allégase a las casas de los vecinos e podría acaecer a salir de madre y que llegase a las casas de la redonda e fuese causa que recibiesen mucho detrimento», y por tal razón solicitaron: «que la dicha acequia se quite desde la madre por donde sale e que no venga agua ninguna por ella hasta tanto que se de orden por donde pueda salir sirviendo a las casas...»⁹ La acequia fue «aderezada» y corría paralela a la fachada del palacio, otro curso de agua se desplazaba por la calle de Botoneros.

A fines de la década del cuarenta del siglo XVI el cronista Pedro Cieza de León (1986: 212), dice:

«Esta ciudad después del Cuzco es la mayor de todo el reyno del Perú, y la más principal: y en ella ay buenas casas, y algunas muy galanas con sus torres y terrados, y la plaza es grande, y las calles anchas. Y por todas las más de las casas pasan acequias, que es no poco contento: del agua dellas se sirven, y riegan sus huertas y jardines, que son muchos frescos y deleitosos. Está en estos tiempos asentada en esta ciudad la corte y chancillería real. Por lo qual, y porque la contratación de todo el reyno de tierra firme está en ella, hay siempre mucha gente, y grandes y ricas tiendas de mercaderes».

Felipe Huamán Poma de Ayala nos deja una magnífica ilustración de la Plaza Pública de Lima de fines del siglo XVI e inicios del siglo XVII, donde se ve la plaza cuadrada con sus portales, en el centro la primera pila de base cuadrangular, la horca de donde cuelga un condenado y además dos reos jalados por sus guardianes, cuatro soldados, tres a pie y uno a caballo y además, tres personas, una de las cuales lleva un bulto sobre la cabeza.

9. Concejo Municipal de Lima, *Primer Libro de Cabildo*, p. 93.



Plaza de Lima de Felipe Huamán Poma de Ayala.

Otra referencia de la ciudad y la plaza, también de fines del siglo XVI y comienzos del XVII, pertenece al fraile agustino Reginaldo Lizárraga (1987: 124):

“los edificios desta ciudad son de adobe, pero buenos, y como no llueve, los techos de las casas son chatos. Las casas principales tienen sus azoteas; desde fuera no parece ciudad, sino un bosque, por las muchas huertas que la cercan, y no ha muchos años que casi todas las casas tenían sus huertas con naranjos, parras grandes y otros árboles frutales de la tierra, por las acequias que por las cuadras pasan; pero agora como se ha poblado tanto, por maravilla hay casa que tenga dentro de sí árbol ni parra”.

La plaza es muy buena y cuadrada, porque toda la ciudad es de cuadradas; tiene la plaza dos frentes cercados de arcos de ladrillos y su corredores encima, o por mejor decir doblados en los portales; arriba mucho ventanaje y muy bueno, de donde se ven los regocijos que en ella se hacen. Estos portales y arquería adornan mucho la plaza y defienden del sol a los tratantes, el cual a su tiempo es muy caluroso; debajo de estos portales hay muchos oficiales de todo género que en la plaza se sufre haya».

Esta ciudad, se conmovió con el «temblor grande» de 1584, que dejó «muy maltratadas las casas de cabildos así como otros edificios». La desgracia nuevamente volvió a Lima, el 9 de julio de 1586 «arruinó la mayor parte de los templos y casas». En esa ocasión las autoridades de Lima acordaron tomar como abogada a Santa Isabel. Y como los aposentos del Cabildo habían quedado arruinados, ordenaron: «aderezarlos con la mayor brevedad que se pueda ... se haga por la misma orden que estaba antes trazados y empezado hacer sin inobar (*sic*) cosa alguna e que esta obra se haga con oficiales que la entiendan»¹⁰ Y así fue, rápidamente los vecinos lograron reconstruir la ciudad pues, por entonces, la cajas reales rebalzaban de riqueza proveniente de la tributación directa e indirecta, y del atesoramiento del sector privado. En Lima estaba concentrada la nobleza más rica de América del Sur.

Bernabé Cobo (1935:51-52), que vivió en la ciudad de Lima en la primera mitad del siglo XVII, pudo ver la plaza y las edificaciones de su contorno, que por ese tiempo ya habían logrado el viso que la hizo célebre y la más estimada ciudad de América. La descripción de Cobo es de suma importancia, por lo que no hemos podido abreviar el texto. Lo descrito constituye una evidencia invaluable de la Lima que celebran y añoran muchos estudiosos y amigos de las cosas buenas. Veamos parte de esa descripción:

«En la grandeza y lustre se aventajan los edificios públicos a los particulares; la mayor parte de ellos cae en la plaza principal la cual es la más capaz y bien formada que yo he visto, ni en España. Ocupa todo el sitio de una cuadra ... mide más de dos mil pies; es muy llana con una gran fuente de pila en medio, las dos aceras tiene de portales, con columnas de piedra y arquería de ladrillo, y muchas y muy grandes ventanas y balcones; en el uno de estos lados están las casas del cabildo seglar, más fuertes y suntuosas que lo restante de toda la acera, con unos

10. En: *Libro X de Cabildo*, 1583-1588, Lima, 1942, p.491. Cf. Sesión de Cabildo de 23 de octubre de 1587

muy vistosos corredores delante de la sala de ayuntamiento y que es una grande y hermosa pieza; debajo destes portales caen a la cárcel de la ciudad, con su capilla que es tan grande y bien adornada y servida que se puede llamar iglesia y los edificios de los escribanos, en especial del cabildo, en cuya puerta hacen audiencia los alcaldes ordinarios. La otra acera de portadas consta de tiendas de diferentes oficios la mayor parte ocupan sombrereros, sederos y mercaderes; la cuadra de este lienzo y lado esta partida por medio, por una calle, que por ser angosta las llamamos callejón, va a salir a la calle de los petateros, y por ambos lados no tiene otra cosa que tiendas de mercaderes. En el tercer lado y lienzo de esta plaza está la iglesia mayor y las casas arzobispales, por la suntuosidad de estos edificios es el mas adornado y vistoso de todos; sale a la plaza la frontera de la iglesia con las tres puertas principales, de siete que tiene y dos torres a los lados, en cada esquina la suya, lo restante de esta acera cogen las casas arzobispales, particularmente el cuarto y sala del cabildo eclesiástico que se labró en vida del tercer arzobispo; en el cuarto y último lado, que cae hacia el río, a la banda norte están las casas reales, palacio y morada de los virreyes. Es la mayor y mas suntuosa casa deste reino, por su gran sitio y por lo mucho que todos los virreyes han ido ilustrándola con nuevos y costosos edificios, porque apenas ha habido virrey que no la haya acrecentado con algún cuarto o pieza insigne ... con una portada de piedra y ladrillo, que hizo el virrey Luis de Velasco, y la otra mitad de esta acera es de ricas ventanas, obra también de Don Luis de Velasco; de más de la puerta que sale a la plaza tiene otras tres, en cada lado la suya; la otra frente opuesta a la de la plaza; cae sobre el río y goza de apacible vista. Labró estas casas para su morada y vínculo de su estado el marques Don Francisco Pizarro»

Juan Bromley, en su artículo: “La ciudad de Lima en el año 1630”, publicado en 1959, en el tomo XXIV de la *Revista Histórica*, señala que Lima tenía 180 calles, 4 680 casas, 3 plazas: la Mayor, la del Santo Oficio y la de Santa Ana, y varias plazuelas. 60 000 habitantes, 25 000 de ellos españoles, 30 000 negros y 5 000 indios. Las calles centrales estaban pavimentadas, con un reglamento de tránsito de las carretas, carrozas y carretones, que llegaban a 200 unidades. Los *rastreros* o carnicerías estaban ubicados junto a San Francisco, en la plazuela Santa Ana y en la de San Sebastián. En la plaza mayor estaba el mercado de abastos, allí «se instalaban vendedores de artículos de alimentación sobre el suelo o en muebles portátiles los que se quitaban en las ocasiones de celebración de fiestas o actos públicos». También indica que en la fachada de la casa del palacio estaban colocados los famosos cajones de Ribera o tienduchas donde se expendían diversos productos. Este trajín comercial y religioso lo soportó más de tres siglos. Si esto fue así, surge la pregunta: ¿Qué testimonios quedan en este espacio, después de ese prolongado uso?

Con el transcurso de los años, la ciudad fue creciendo y «ennobleciéndose». En la *Información* que hizo la junta nombrada por el Cabildo de Lima, después del terremoto de 1687, se lee en la quinta pregunta lo siguiente: «Si saben que esta dicha ciudad, por ser la más opulenta de este reino, corte del, era la más bien adornada y alajada, y tan precioso menaje que de sus templos y casas, que no ay número ni guarismo que ajuste el valor de lo que importaba su precio». Por supuesto que todas las respuestas fueron positivas. En la sexta pregunta se remarca: “Si saben que en esta ciudad había sesenta y cinco templos e yglesias grandes y pequeñas...”. De igual modo, la respuesta fue positiva. El violento terremoto del 20 de octubre de 1687, destruyó por completo la ciudad, los sobrevivientes desanimados por tanta pérdida y desacumulación de sus riquezas pensaron trasladar la ciudad, pero la iglesia, los cabildantes y el mismo Virrey optaron por la reconstrucción, que fue larga y penosa. Hay que indicar que pese a todo, la ciudad de los Reyes seguía siendo el núcleo acumulador del excedente productivo de un inmenso virreinato, además, las minas seguían colmando las arcas, especialmente de los que vivían en el contorno de la plaza. Esa situación de privilegio hizo posible la reconstrucción, reproduciendo en unos casos antiguos estilos y en otros reconstruían sus casas con modelos arquitectónicos nuevos, originándose así un panorama urbano heterogéneo o, una «convivencia de asincronismos arquitectónicos».

La primera mitad del siglo XVIII está considerada como un «lapso crítico», es decir, de alteración genérica de la naturaleza. Muchas ciudades, villas y pueblos del Perú fueron destruidos o abandonados a causa de aluviones, sequías, pestes y terremotos. Una de las más catastróficas de esas «injurias del tiempo» fue el terremoto de octubre de 1746, dice el padre Domingo Angulo (1935: 70): «pues en toda la ciudad sólo quedaron en pie unas veinticinco casas y la más de ellas tan averiadas que cuando se trató más tarde en reparar sus ruinas y rehabilitarlas, se tuvo por más prudente el derribarlas y tornarlas a edificar de nuevo». A todo esto hay que agregar la destrucción de todo el sistema de cañerías que dejó a la pila central sin agua, en fin, una verdadera catástrofe. Al igual que en 1687, se inicia un nuevo proceso de remodelación que en algunos casos duró muchos años; en esta ocasión se hicieron reajustes en la Iglesia Catedral, en el Palacio de Gobierno, en el Arzobispal y en el Cabildo. Las cañerías fueron nuevamente instaladas, es decir, una nueva alteración del subsuelo.

El padre Domingo Angulo (*Op.cit.*:81) comentó la reconstrucción tardía de la fachada de la iglesia Catedral:

«tal era pues el frontispicio de la metropolitana de los Reyes en 1794, año en que el piadoso arzobispo se resolvió a restaurarlo. El arquitecto peninsular Don Luis

de Lorenzana se encargó de proyectar las nuevas torres, y en ello hubo con singular acierto, pues sin apartarse del renacimiento español, que entonces reaccionaba contra el churriguerismo, logró coordinarlo con la sobriedad del clasicismo griego, que predominaba en las portadas mereciendo su feliz inventiva multiplicados aplausos».

Hay que indicar que la catedral no fue el único edificio que se mantuvo con una reconstrucción inconclusa; algo parecido sucedió con el convento de Santo Domingo, que si bien su iglesia fue reparada, el resto del edificio, sobre todo el Seminario, estuvo en ruinas hasta fines del siglo XVIII que fue vendido en enfiteusis al señor Osambela, quien mandó construir la casa que hoy conocemos y que es considerada como un bien patrimonial de la nación. Esta tardanza en la reconstrucción es muchas veces la causa de la coexistencia de estilos de diferentes épocas en algunos edificios, y esto es lo que casualmente le da un sello especial a la ciudad que la diferencia de otras ciudades, que debido a la ausencia de sismos perennizaban sus estilos.

El siglo XIX fue un siglo de fricción social constante; desde 1810 hasta 1824 se produjeron constantes movimientos sociales que se coronaron con la batalla de Ayacucho, sellando la Independencia de América. El virrey Fernando de Abascal estuvo dedicado por largos años a sofocar ese ambiente de abierta rebelión. Sumado a todo esto el gran gasto invertido en la guerra, poco se pudo hacer por el mejoramiento arquitectónico de la ciudad, aunque no podemos obviar la inauguración del Cementerio General Presbítero Maestro en 1808. Esta obra, aunque estaba fuera de las murallas de Lima, repercutió directamente en el centro de ella; al respecto hay que recordar que desde su llegada, los españoles establecieron la costumbre de enterrar a sus muertos en las iglesias; por lo tanto, en la iglesia catedral hay varios espacios sepulcrales ubicados debajo del altar mayor y de las capillas laterales, lo mismo que en el cementerio de dicha iglesia¹¹. Al inaugurarse el nuevo cementerio, dejaron de sonar las posas dobles de difuntos en cada esquina de la plaza y se aminoró el espectáculo de las lloronas.

Después de Ayacucho, los hispanos abandonaron Lima y la capital fue ocupada por las tropas libertarias al mando del general San Martín; en ese tiempo llegó al Perú el acucioso viajero Gabriel Lafond (1971, t. XXVII. Vol. 2º: 121), quien describió la plaza y su contorno del siguiente modo:

11. Según información bibliográfica, el terremoto de 1687 ocasionó muchas muertes, como no podían enterrarse en las iglesias como era costumbre debido al deterioro de éstas, se determinó enterrarlos «por el momento» frente a la catedral. Las excavaciones arqueológicas deben tener en cuenta este detalle.

«La plaza, tiene una altura de más o menos cuatrocientos pies sobre el nivel del mar, se parece en cierta forma al Palacio Royal de París. Sus dos lados, de Este y Oeste, están formados con casas con portales, bajo los cuales están establecidos los almacenes mejor surtidos de Lima. El lado del sur se llama Portales de Botoneros, al lado oeste, Portales de Escribanos, por el hecho de que los comerciantes de pasamanería y los notarios los tenían ocupados casi exclusivamente antes de la revolución. Ahora están ocupados casi completamente por el comercio. La catedral y el Palacio del Arzobispo, se hallan emplazados en el lado este de la Plaza»

«Sobre esta plaza está el palacio de gobierno, que tiene una insignificante apariencia y se encuentra casi perdido entre un montón de tienduchas de madera que se apoyan sobre su fachada y a las que se les llama Caxones de Rivera. El general San Martín y Bolívar después, así como la mayor parte de los gobernantes, han deseado hacerlos desaparecer; pero en Lima, como en otras partes, la utilidad pública es sacrificada muy a menudo a ciertos intereses miserables»

En lo que respecta a los cambios de la segunda mitad del siglo XIX, Efraín George Squier (1974: 26), describe la plaza en 1863 del siguiente modo:

«La Plaza Mayor o gran plaza central es espaciosa y abarca cerca de 3,5 hectáreas. dos de sus lados están ocupados por la casa de gobierno y la catedral. En los otros dos lados se alinean *portales* o arcadas, detrás de las cuales hay tiendas. El *Portal de Escribanos* recibe este nombre por haber sido el lugar en que esta clase de personas tenían sus escritorios, precisamente tal como vemos aun hoy día bajo los *portales* de San Carlos en Nápoles.

Ahora han desaparecido y su lugar está ocupado por bandejas y mesas de vendedores de juguetes. El *Portal de Botoneros* tiene todavía sus entrepaños ocupados por esta clase de artesanos, que fabrican encajes dorados y otros artículos semejantes, gracias a un privilegio concedido por la municipalidad.

Como las veredas son, por lo general, angostas, y a menudo no limpias, estas arcadas constituyen el paseo favorito de las damas... No solo brindan protección del sol, sino que las tiendas que las bordean resultan alegres ...”

En 1851 se instaló la empresa de alumbrado a gas; en 1886 se pusieron «a modo de ensayo» los primeros postes de alumbrado. Por Resolución Suprema del 29 de

octubre de 1855, se le confirió a Tomás Whalock la autorización para proveer a los vecinos de agua potable por medio de cañerías de fierro¹².

Charles Wiener (1993: 24) que estuvo en la década del setenta del siglo pasado nos ha dejado una interesante descripción de la plaza donde se puede observar la febril actividad comercial:

«La noche del viernes santo en Lima es, por lo demás y en varios sentidos una de las cosas más curiosas que se pueda ver. Al salir de la catedral, que ocupa uno de los lados de la gran plaza, se domina desde lo alto de las gradas el inmenso cuadro lleno de gente. Todo Lima está en la *plaza de Armas*, hombres y mujeres, vestidos y enguantados de negro. Las mujeres abandonan esa noche la *manta* para usar la *mantilla*, velo de encajes que, sujeto a su abundante cabellera por medio de una peineta, diadema en verdad, presta un marco admirable a sus rostros afables.

Las fachadas y arquerías de las casas que rodean la plaza se destacan luminosas junto a las que permanecen en obscuridad. Siluetas negras, semejantes a sombras chinas, se agitan sobre el fondo alumbrado. Unas negras venden, a lo largo de la fachada de la iglesia, carne cocida o asada al fuego de unos leños; las rojas llamas iluminan sus caras morenas.

Los gritos roncocos de los vendedores se mezclan con el rumor de la compacta muchedumbre. Esa noche la *plaza de Armas* es un salón nacional, incluso internacional, por la fuerza de las cosas. La iglesia convoca, sobre la explanada, a todos sus fieles: nadie se excusa. Hay con seguridad pocos sitios en la tierra en donde la comedia y el drama humano y social hayan sido representados con una inspiración más diabólica, donde se haya bailado la *cueca* con más entusiasmo, donde se hayan batido los hombres con ira más sonriente, donde se haya matado más alegremente, y donde se haya olvidado más rápido y más completamente las enseñanzas de la víspera.

No hay en verdad otro lugar del mundo en que, en sus días de fiesta, pueda reunirse la iglesia, como en Lima, a los descendientes de Sem, Cam y Jafet mencionados en la Biblia, y al Mongol, el Tártaro y al Indio, al que ella ignora. En ninguna parte el europeo, el africano, el asiático y el americano, de sangre pura y sangre mezclada, se encuentran reunidos en un espacio más reducido. En ninguna

12. Cf. *Boletín Municipal*, año 1886.

Esta era la costumbre y cuando se azotaba u ahorcaba alguna persona, sobre todo negro o indio, la presencia masiva de vecinos convertía a ese denigrante acto en un espectáculo. Después de algunos años el Cabildo, Justicia y Regimiento, acordó trasladar ese instrumento a la parte trasera de las «Casas Reales», es decir, del Palacio de los Virreyes. Esta medida se debió a la necesidad de colocar en el centro de la plaza la pila de agua. Pero hay que indicar que cuando habían castigos u ahorcamientos se colocaba la picota en la plaza, algunas veces frente al Cabildo, otras frente al callejón de Petateros. La evidencia de este uso tardío de la Picota en la plaza la tenemos gracias a un bando del Cabildo de Lima dado el 8 de abril de 1780, en el cual se señala que a los cocheros que cometían infracciones se les condenaba a dos meses en la prisión del Callao: «a ración y sin sueldo lo que en caso de reincidencia se reagrabara antecediendo el castigo de cien azotes en el rollo de la plaza mayor»¹⁶

En lo referente a la primera pila, cabe indicar que en los primeros años de la vida en Lima, los vecinos andaban quejosos por los males estomacales que les ocasionaban las aguas del río; las guerras primero contra Manco Inca y luego entre almagristas y pizarristas y después las sangrientas luchas entre encomenderos y la Corona, no permitieron al cabildo atender el pedido de los vecinos; pero pasado el fragor de la lucha, hubo permanente preocupación por la salud de los vecinos. Esto se evidencia gracias a un acuerdo de sesión de cabildo del 15 de enero de 1552, mediante el cual se ordenó hacer la canalización para traer agua limpia de un manantial para el abastecimiento de la población¹⁷. El trabajo duró muchos años y durante los gobiernos del Conde de Nieva y Lope García de Castro, esto es, en los años sesenta, se puso mayor énfasis en el trabajo.

Cuando Francisco de Toledo llegó a Lima, a la vez que planificaba la reducción general en todo el reino del Perú, fundó el pueblo del Cercado de Santiago, en 1571, que concentró indígenas de los diferentes pueblos de la jurisdicción de la ciudad capital. Ordenó la continuación de la construcción de los portales, y aceleró los trabajos de canalización. El 21 de septiembre de 1578, Toledo inauguró la pila, hubo gran jolgorio. Los españoles, que por esos años se alimeñaban, anduvieron por muchos días de fiesta, por el reordenamiento del sistema de acquias, los nuevos portales y plazuelas.

16. Archivo de la Municipalidad de Lima, Libro 24 de Cédulas y Provisiones. f. 162r.

17. Cf. Juan Bromley, *Evolución urbana de la ciudad de Lima*, Lima, 1945: p. 41

El terremoto de 1586, destruyó parte de esta pila y los portales, pero fue prestamente reconstruida, tanto es así que el agustino Reginaldo Lizárraga (1987: 124), que anduvo en el Perú a fines del siglo XVI e inicios del XVII, aunque no menciona la pila, la descripción que hace de la plaza y sus portales es prueba de la inmediata refacción de la plaza y por supuesto de la pila.

Muchos años después, Bernabé Cobo (1935:61), que vio esa primera pila la describe del modo siguiente:

«Es muy grande, puesto que está ya viejo y muy gastado el pretil con la toma de agua, desde donde comienza a correr encañada, que es en su misma torre cuadrada, con su puerta, que de ordinario está cerrada con llave, viene el agua dentro por debajo de la tierra, todo sobre dicho espacio, y es una grande acequia de atarjea labrada de cal y ladrillo, arqueada con sus alcantarillas y padrones a trechos hasta llegar a la ciudad: en ella entra y se reparte por arcabuses o atenores con muchas casas o padrones de cantería, levantados en lugares convenientes donde hay división de fuentes que son muchos a las que se comunica esta agua, en plazas y lugares públicos hay diez o doce, y en monasterios, hospitales y otros lugares, con los que hay casas particulares pasan de ciento y algunos son de mármol, otros de bronce y las ordinarias de piedra.»

Esta pila prestó sus servicios durante setenta y dos años pues, en 1651, se inauguró la segunda pila.

En el siglo XVII, la ciudad de los Reyes era la más hermosa y rica de América, con su Catedral terminada en 1622, su Palacio de los Virreyes de igual modo concluidos y embellecidos y sus portales que eran orgullo de los limeños, lo único que no concordaba con este contorno era la vieja pila debido a los constantes deterioros que ocasionaban los aguateros. En varias ocasiones los cabildantes habían discutido en sesión de Cabildo la necesidad de cambiarla, hasta que el virrey don García Sarmiento de Sotomayor, conde de Salvatierra dio el encargo de hacer la pila a Antonio Rivas, quien empleó un año en hacerla, inaugurándose el 8 de septiembre de 1651.

Pocos son los estudios hechos sobre la pila, un viejo antecedente lo tenemos en el artículo “Descripción de la famosa fuente que adorna la plaza de esta capital”, publicado el 9 de febrero de 1792 en el *Mercurio Peruano*. En 1945, Haydecé di Doménico Suazo, sacó a luz su tesis de bachiller titulada «*La Fuente de la Plaza Mayor de Lima, 1651-1944*». El doctor Raúl Porras Barrenechea (1944), al comentar esa tesis dice:

«La Pila, es sin duda, con el puente de Montesclaros, uno de los más antiguos personajes de Lima, a prueba de lamentos y revoluciones. Nada queda en sus contornos de los edificios que la rodeaban al nacer: el Palacio de Pizarro, con sus cajones de Rivera, la catedral vieja, el Cabildo con la cárcel, y los «torcidos ventanales» de la Casa Arzobispal, todo cayó, a su hora, de terror o de angustia, por obra de las sacudidas sismológicas o los arrebatos edilicios, ante el irónico esguince del surtidor. Después de trescientos años, él continúa su frágil monólogo»

Luego, en 1982, Ernesto Ascher, publicó en el *Boletín de Lima* N° 22, el artículo: “La Pila: un símbolo limeño”. El padre Antonio San Cristóbal hizo lo mismo en la *Revista del Archivo General del Perú*, N° 9, su artículo lo denominó: “Dorado, pintura y aderezos de la pila de la plaza pública de Lima”. En estos trabajos se examina con minuciosidad la historia de este monumento, lo que me releva de mayores comentarios; sólo quiero enfatizar que la construcción de la pila y pilones implicó una gran alteración del subsuelo en el centro y otros puntos de la plaza para colocar la base de la pila, la nueva canalización para la entrada y salida de agua, tanto en la pila como en los pilones, que según George Squier (1974:26) se habían instalados en las esquinas de la plaza:

“En el centro de la plaza hay una fuente de bronce que se eleva desde un tazón del mismo material hasta una altura de 12,8 metros, sostenida por leones y grifos, con una estatua de la Fama como coronación del conjunto. Es muy antigua, ya que fue erigida en 1578 y es un exponente de la mejor mano de obra de la época. En el período de mi visita la plaza era un espacio abierto, polvoriento y sin pavimentar, y la fuente estaba constantemente rodeada por una multitud bulliciosa de aguadores con sus burros. Desde entonces ha sido pavimentada, y se han instalad*o* pilas en las esquinas para comodidad de los aguadores y la fuente central ha sido rodeada por un elegante jardín de flores y plantas tropicales»

Muchos cambios y acomodos se hicieron para que por esa pila siguiera fluyendo el agua. En la actualidad, el flujo se logra gracias a una electrobomba y una cisterna que se encuentran en un cubículo bajo tierra, en el lado Oeste de dicha pila. Esta es una «zona crítica» donde el subsuelo está muy removido y se hace muy difícil la investigación arqueológica. Antes de colocar la nueva pavimentación se encomendó a los encargados de dicho trabajo el cuidado que se debía tener en la excavación por la tubería antigua y moderna, los cables de electricidad y por las «cangrejeras» o tinajas.

El contorno: la Catedral, la capilla del Sagrario, el Palacio Arzobispal. La Casa del Oidor. Los Palacios de Gobierno y Municipal. Los Portales

En el número extraordinario de la revista *Mundial* que se publicó en homenaje al Primer Centenario de la Independencia, un cronista anónimo publicó un artículo titulado “Las mil y una transformaciones de la Plaza de Armas”, en él se refería a los cambios que había sufrido la plaza pública desde mediados del siglo XIX y, en verdad habían sido muchos, conforme lo hemos explicado en el capítulo antecedente. Ese cronista jamás se imaginó que, casualmente, entre 1921 y 1944, no sólo la plaza, sino su contorno cambiarían radicalmente. Este cambio no fue causado por terremotos, en este lapso de 23 años fue el hombre quien borró prestamente lo que en cuatro siglos las «injurias del tiempo», es decir temblores, aguaceros o sequías no habían logrado destruir. Debido a esta transformación, Juan José Vega, el 2 de julio de 1995 escribe en el diario *La República* un artículo que tituló “¿Cuál Centro Histórico?”, en ese escrito primero ensalza a la Lima del siglo XVII y recuerda a Lope de Vega, quien afirmó alguna vez que Lima era: «el mejor fruto» de España en el mundo; y, aun más, el historiador añade: «Pero tal vez el mayor elogio a la hermosura de la ciudad vino en un verso del Conde de La Granja quien comentando el nacimiento de Rosa de Lima, expresó, inspirado, que la Santa ‘no pudiendo en el cielo, nació en Lima’. No obstante estas lisonjas, al tratar la situación actual niega el título de histórica a la Plaza y su contorno. La razón es muy sencilla, pues cuatro frisos más cuarto del contorno están colmados de edificios modernos. Para tener una idea mas precisa de todo esto, trataré brevemente la historia de dichos edificios.

La iglesia Catedral

El padre Antonio San Cristóbal (1988:248), dice: “La portada de la catedral, que sale a la plaza pública de la ciudad de los Reyes del Perú, es una de las obras arquitectónicas más importantes del Perú”. Este edificio tan loado y que podemos apreciar en la actualidad, es la tercera iglesia; la primera por cierto, pequeña y muy humilde fue la que se hizo en tiempos de la fundación de Lima. Pizarro fue quien puso la primera piedra pero tuvo una vida muy corta. Cuando en 1543 se estableció el obispado de Lima, el primer Obispo Jerónimo de Loayza mandó a demoler esta pequeña iglesia y con el apoyo de Vaca de Castro comenzó a edificar la segunda iglesia que se concluyó en 1551. La segunda iglesia resultó según Domingo Angulo (1935: 9): «menos digna del rango de Catedral y de Metropolitana» y esta fue la razón por la cual el Cabildo Eclesiástico determinó la construcción de la tercera iglesia. En sesión del 8 de agosto de 1568 se nombró como maestro mayor de la obra a Alonso Beltrán, siete años después murió el



La Fuente de la Plaza Mayor de Lima



«La catedral de Lima».

De: Lima, apuntes y notas. Manuel Atanasio Fuentes.